PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Grecia — José María Delgado

Febrero de 1923. N.º 56 — Año VII.

A ARTIGAS

PADRE NUESTRO

En el concurso que promovió el diario "El País", con oportunidad de los homenajes rendidos al insigne varón, cuya figura en bronce fué entregada a la admiración pública, obtuvo el primer premio esta composición.

Los prestigios del órgano que convocaba y el asunto que era incentivo extraordinario, llevaron a este certamen gran número de poetas. El sitio que el vencedor ocupa en esta casa nos veda comentar con mayor latitud dicho torneo.

En ti estábamos, por ti fuimos,
Nos forjaste a golpes de alma y escoplo
Eramos anónimos limos,
Nos hizo espíritu y carne tu soplo.
Una sola palabra puede llamarte:
Padre...

¡Ah, sí! quien golpea tu sombra de bronce
Oye guerrero oleaje;
Ve la muerte láurea
Aguardando a los héroes, posada sobre el umbral del
[coraje;

Pasar el viento tajante de los escuadrones
Como tromba de alados y agudos peñascos
Que erizaran la piel de la tierra:
Anublarse de polvo el paisaje
Bajo el cuádruple fugar de los cascos;
Laberintos
De lanzas, gritos, caballos y humo;
Campos y ríos en púrpura tintos,
Clarines de guerra
Azuzando la fiera dormida de los instintos...
Y en dos únicos brazos la pausa,
Y una sola mirada impertérrita,
La tuya, íntegra en el fin y la causa.

¡Oh, Caudillo! neto Caudillo de los hombres de Amé-
[rica

Rodilla que nunca se hincó,
Ni cuando el unánime sol de Las Piedras
Ni cuando la noche de Tacuarembó.

Pero nosotros no te llamamos héroe,
Está más arriba tu cumbre...
Allí donde hay choques de hierros y arrojo
Enciéndese heroica vislumbre.
Todas las patrias fraguadas al rojo
Dan chispas como el yunque de las herrerías.
Héroes no hay pueblo que no los haya.
Pero tú vienes de mucho más hondo, de mucho más
[lejos

Que de los talleres de la batalla:
Tú vienes desde el fondo de los Evangelios
Trayendo en los hombros robustos el arca
De las libertades y la democracia,
Tallado como un Moisés o un Abraham.
Tú no eres el Capitán
Sino el Patriarca.

Así llevaste a tu pueblo sobre el flanco,
En Exodos que no tienen análogos,
Como si fueras la tierra misma;
Así dictaste tus decálogos,
Así tenía bíblica fuerza tu voz
Y solías subir como un viejo profeta
A escuchar en lo alto de tu Meseta
La silenciosa palabra de Dios.

Donde tú estabas no sólo estaba el joven guerrero.
Brazos y piernas de acero,
Estaban los viejos de crenchas de armiño
La madre y el niño.
Más: los montes cuajados de nidos y de frutas,
Las aguas epónimas, el valle magnánimo.
Tú eras el centro de todas las rutas,
La claridad, el escudo y el ánimo.
No, no eras simplemente la ínclita espada
De filo siniestro,
Labios y picos, viento y arrullos del agua y la selva,
Cuanto tiene una voz en el suelo natal,
No te dice General
Sino padre nuestro...

¡Mira! todos tus hijos estamos aquí
Rodeando tu sombra inspirada
Lo mismo que en el Ayuí.
Todos están,
Los que fueron, los que somos, los que serán.
Los de hoy en los himnos vibrantes y abiertos,
En las viejas banderas y en el aire encendido los
[muertos,

—Sentimos el ámbito poblado de almas—
Los de mañana
En el augurio solar de la diana.
Padre de ahora, de ayer y de siempre:
Hemos venido por todas las sendas,

En todas las formas, de todos los modos,
Los corazones como las campanas en los jubileos,
A cantarte la máxima estrofa de los apogeos,
Todos uno y tú en el centro de todos.

José María Delgado.

GLOSAS DEL MES

El Monumento a Artigas

El 28 de febrero se inauguró el Monumento a Artigas.

La voluntad nacional ha consagrado así,—en la piedra y el bronce perennes con que los hombres afrontan los siglos,—su homenaje al héroe máximo, al capitán invicto, al padre y patriarca de la gesta.

Oro y laurel, banderas y clarines, clamor de multitudes y estruendo de cañones, ejércitos de gala y zumbar de aeroplanos, y entusiasmo y ardor y alegría en la tarde radiante de azul y de sol: he ahí la fiesta clara y abierta a la efusión de las muchedumbres: he ahí la fiesta oficial de la patria.

No se ha visto, de muchísimos años, júbilo igual a este júbilo; emoción igual a esta emoción.

Estaba glorioso el día triunfal: la ciudad hervía desde temprano en la inquietud de las calles, en el temblor del aire, en los pliegues de las banderas.

Y entre el gentío que va y viene con paso alegre y entusiasta, un olvido divino de las angustias, de las tristezas, de las miserias humanas. Todo es esplendor al sol radiante: empavesados como los buques de la bahía están los corazones y las casas....

A mediodía la fiesta canta en los más apartados rincones de Montevideo, comienza el enorme tránsito

hacia el centro, la avenida se puebla de innúmeras gentes que buscan lugar, que vienen a ver...

Allá abajo, en la mitad de la Plaza de la Independencia, en el corazón de la Ciudadela, está el bulto inmenso del monumento, embolsado en una gran bandera que es artiguista del lado norte y nacional al sur.

El jardín francés de la plaza, los faroles americanos, "la pasiva" circundante, todo es pequeño y pobre para tanta grandeza.

El monumento impone con su tamaño, con su original pedestal, con el triunfo del bronce en los bajorelieves, con la grandiosa figura ecuestre que la envoltura gloriosa deja adivinar.

Ya están depositadas al pie del Monumento las coronas y las placas de bronce que traen el mensaje fraterno y reverente de América: ya están en línea de honor los cadetes de la Escuela Militar que visten el traje histórico del Batallón 1.° de Cazadores que juró la Constitución de 1830:—ya están los Blandengues de Artigas y las marinerías extranjeras y las misiones diplomáticas, cada uno en su puesto, mientras llega la manifestación popular que encabezan millares de damas entre un bosque tupido de banderas. El Monumento va a descorrerse. Aceras, calles, balcones, azoteas, árboles: todo es gentío alegre y sonriente que se mueve inquieto, que se agolpa en masas, que baja del este y sube del oeste, hablando, riendo, cantando... Linda la muchedumbre entre las banderas y los uniformes, entre las cureñas y las músicas...

La luz solar corta los ojos en las bayonetas y en las espadas al aire: tiembla el azul purísimo sobre la estatua enorme y el pueblo inmenso: irradia el sol destellos de oro en las puntas de las lanzas, fulgor de mercurio en las aristas del pedestal.

En la tribuna oficial, contrastando con los negros sombreros de copa y los brillantes entorchados de los generales, parecen rosas las mujeres.

... Luego un silencio palpitante, un hondo silencio que se siente latir como un pulso fantástico, y en seguida el cañón, el vuelo de las campanas, el griterío de las sirenas, las dianas militares, el vocear del pueblo que canta y aplaude al mismo tiempo, mientras el himno nacional se levanta solemne y amplio, ascendiendo como el incienso de la tierra alrededor del Héroe, que tiene alta la frente, el sombrero en la mano, magnífico y rotundo el caballo que marcha.

Ahí está: los hombres se sienten pequeños como al pie del altar; el clamoreo, fortalecido, cubre los aires y el monumento, grandioso, resonante, impone como un padre inmenso.

Se han dicho los discursos, que el clamor de la muchedumbre ahogó sin remedio: Zorrilla de San Martín entre ellos, con sus brazos arriba y el mirar fulgurante y la palabra de oro,—Zorrilla de San Martín, poeta y padre un poco también del monumento,—Zorrilla de San Martín, autor de la Epopeya y de la Leyenda...

Después el desfile militar, la romería popular inacabable, el día que concluye, y los remolinos macizos de la multitud,—hombres, mujeres, niños,—que acampan alrededor del Patriarca, como en los crepúsculos del Éxodo cuando "lo siguen los que gustan"....

... Padre nuestro: ya estás con nosotros para siempre: "nuestra autoridad emana de Ti y ella se acrecienta por vuestra presencia soberana".

Y nos queda el orgullo del más grande y hermoso monumento ecuestre de América; — nuevo Colleone, nuevo Gattamellata, que un moderno Verrocchio, que un digno discípulo de Donatello inmortaliza con soplo lírico y fuego clásico, en piedra y bronce de calidad heroica.

Inmortalidad harmoniosa y suprema, en cuyas alas, como en una nueva victoria de Samotracia, Zanelli, escultor y artista, aprisionó la vida, la libertad, el movimiento, en tanto Artigas, libertador y precursor, cabalga "verso il sole"...

TELMO MANACORDA.

ROMANCE DEL AMOR INGENUO

La tarde se vuelve rosa
Sobre la verde colina;
Caminan lentas las nubes
En caravana tranquila,
Que semeja astuta marcha
Del dios Pan tras unas ninfas;
La aldea se aquieta y duerme;
Se escapa de la alquería
Con el bando de palomas
La canción de las esquilas;
El viento calma su empuje
Para transformarse en brisa;
Los noctámbulos cocuyos
Encienden sus lamparillas;
Canta el agua entre las piedras
Y el zorzal en la vecina
Sonoridad de la huerta
—Que se puebla de avecillas—
Enhebra en un silbo largo
Su romántica perfidia:
(La paloma a su reclamo
Se va quedando dormida).
Venus se enciende orgullosa
Frente a la luna amarilla.

El pastor que está soñando
Mientras la tarde declina

Prolongando el sol de oro
En lo azul de su pupila,
Oye sonar en su alma
Palabras jamás oídas
Que le encabritan la sangre
Y le encienden las mejillas.
Parece que el campo... ¡y todo!
Como con voz argentina
Fuera diciéndole bajo
Con aire de celestina:
"Si es que anhelas tu ventura,
Despierta al amor tu vida;
Bebe el agua en una fuente
Que no sacie tu ardentía;
Toma a la moza más bella
Que encuentres en la campiña
Y dile, pastor, palabras
Que le enciendan las mejillas.

Cuando sientas en tu cuerpo
Indefinibles cosquillas
Porque ella te responde,
Pudorosa y consentida,
Vacilando en darte un beso
Con que te dará alegría,
Tendrás una novia hermosa
Reflejada en tus pupilas,
Que irá oprimiendo tu nombre
Entre sus labios de quinda,
Que te mirará sin verte
Como flor de la campiña,
Que te hablará sin hablarte,
Que escucharás sin oirla,
Que estará siempre a tu lado
Porque, aun lejos y escondida,
Sentirás que te acompaña

—Siempre alegre y siempre niña—
Pidiéndote que la arrulles
Con silbos de tu ocarina".

El pastor sigue soñando
Frente al crepúsculo lila.
Ante la voz inquietante
Que le abre en par la vida,
Alza los ojos al cielo
Y la estrella vespertina
Con mansedumbre de novia,
Se le antoja que lo mira
Como nunca lo han mirado
Las mozas de la alquería.
Infantil en su ignorancia,
Desbordando su alegría,
A la estrella que lo observa
Con picardía le guiña...
Y la estrella le responde
Escintilando en seguida...

El pastor queda pensando
Y a sí mismo se confía:
—"Mi novia es aquella estrella
Pues si la miro me mira;
Sin hablarle me responde
Con su mirada tranquila
Y sigue todos mis pasos
Cuando la tarde declina,
Cuando la noche repecha
Como un perro, la cuchilla.
Va a mi lado y yo la siento.
Su luz azul me acaricia.
No desciende a darme un beso
Pero bajará algún día".

Y contento con su hallazgo
Hace sonar su ocarina
Para ofrendarle a la estrella,
Con su corazón, la vida
Y llorar que esté su novia,
Tan arriba!... tan arriba!...

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

RUY BARBOSA

Como hijos de esta América nos corresponde parte en el duelo causado por la muerte de este brasileño ilustre.

No es hiperbolizar el sentimiento de la fraternidad continental, sino tomar en su justo mérito aquella condición primordial de su vida, el deseo de la nivelación ante el derecho, intención que mucho podía rendirnos a los países de escasa aptitud agresiva.

Mas fuera de esa culminante aplicación de su corazón y de su inteligencia, tuvo dignísimos atributos de orgullo continental.

Fué una personalidad en la que el periodista, el legislador o simplemente el hombre de bufete, se fundían en un obstinado campeón de la justicia. Eso fué, sustancialmente, aquel esclarecido espíritu; pero en elogio tan sin adornos, nuestra emoción concita recuerdos muy diversos sobre la multiforme capacidad del extinto. Más arriba dijímosle periodista, legislador, hombre de bufete, pero ¡cuánta elevación en cada una de esas tareas!

El periodista fué un adoctrinador de pueblos, sembrador de cultura en las más variadas y brillantes formas, un descollante maestro en el manejo de su bella lengua: el legislador lo fué en la ancha vastedad de la palabra, pero sobre todo en la grave ciencia de las finanzas: el maestro de materia jurídica en el bufete era sólo un corazón.

EL DIABLO DE LOS OJOS AZULES

El diablo de los ojos azules, da algunos pasos y se acerca a nosotros. Aquella mañana lluviosa recibe a los miembros de la prensa. La casualidad lo pone muy cerca de mí, y puedo observarlo a mi sabor. Ese viejo fornido infunde un extraño optimismo. Debajo de los bigotes grises, mientras habla, su boca pequeña, entreabierta por una misteriosa sonrisa, apenas se mueve. El momento es grave, y aquel rostro risueño quiere dar la ilusión del gladiador que no ha nacido para rendirse. "La espada está firme en mi mano", repite. Y la viril sobriedad de la lengua inglesa adquiere en sus labios acentos desconocidos. (1) Cuando el pliegue se hace más hondo, algunos dientes irónicos asoman cautelosamente para morder la frase, y atormentarla, y deshacerla, en medio de una diminuta tormenta de relámpagos blancos. Dos líneas suaves, de una movilidad extraordinaria, nacen junto a las lisas mejillas, continúan la forma ligera de la nariz, y pasando al costado de los labios, parecen prolongar hasta la barba el chisporroteo de su burla sonriente. Tiene el cráneo echado hacia adelante, siguiendo el dibujo un poco encorvado de la espalda, con la espesa melena gris que cae sobre el cuello, con la garganta hinchada en el hervor de su sangre céltica, con las tres arrugas

(1) Es la frase favorita de Lloyd George y que repite siempre. Después de su caída volvió a pronunciarla varias veces. Puede leerse en el discurso de Leeds (Octubre de 1922). I have shaken the burden from my shoulders, but my sword is still in my hand.

de la frente que ya se esfuman como en un ensueño, o se vuelven enérgicas, llenándose de sombra, cuando las trabaja la fantasía milagrosa del destino humano. Pero toda la vida de su semblante está en los ojos. Esa mirada resplandece en una locura terriblemente lógica. Son dos puntos obscuros, donde el azul apenas se revela, dos puntos ensombrecidos y achicados por el doble pliegue de los párpados. Cuando las cejas se juntan discretamente, diríase que una chispa traviesa huye hacia los rincones blancos de los ojos, ribeteados de grietas sutiles, donde el rostro reconcentra toda su malicia, toda su fe, toda su piedad. Allí está el sentimiento histórico de un siglo. Esos ojos todo lo poseen, menos el absurdo. Arde en ellos una sugestión de pertuidad, el silencio enigmático que multiplica las ideas. Una emoción extraña nos invade a todos junto a este hombre fantástico, que ha sido el eje de la transformación moral de su tiempo. Al estrecharle la mano, trato de penetrar bien en el fondo de la diabólica seducción de su mirada. Hay en su rostro fino, profundamente expresivo, algo del león y del zorro. Entonces acierto por qué se deshicieron en polvo, bajo esos ojos, las catorce cláusulas de Wilson. Entonces me explico por qué Clemenceau fué un frágil juguete en las manos del genio británico. Entonces comprendo por qué su nombre, escarnecido durante la guerra, es aclamado luego en Alemania con el delirio de las apoteosis.

He ahí el forjador de humanidades. Toda su figura respira el sentido de la creación histórica, y hasta su escepticismo posee la embriaguez en la responsabilidad. Porque Lloyd George, yendo menos violentamente que el mecanismo de la vida, nos quita el consuelo de que vamos más de prisa que el mundo; pero nos da, en cambio, con la moral del perfeccionamiento razonable, la ilusión de un progreso sin fin.

ADOLFO AGORIO.

POEMAS DEL HOMBRE

Libro del mar

I

Hay árboles de calidad esencial que maduran por arriba. Abiertos y ofrendativos, alargan sus manos misteriosas, llenas de fragancias oscuras y de jugos flexibles. Un día, por la rama más alta, suelta y delicada, empieza el fruto a endurecerse armoniosamente, mostrando el matiz redondo de la madurez. Ese fruto es la culminación triunfante de la raíz y el acercamiento más limpio y afinado del sol. Y ahí está realizado en frescura y dulzura, primero y mejor.

El viejo Hugo habla en su libro formidable sobre Shakespeare de aquella cumbre hasta donde baja Dios y sube el espíritu para meditar. Y dice que eso es el ideal.

Pero lo del árbol es más serio y menos retórico.

II

Carlos Sábat Ercasty vive profundamente ese árbol de plenitud. Tiene el acierto milagroso de la raíz que lleva su fruta imantada a la más alta simpatía solar. Cualquier verso, cualquier salmo que salen de él, comportan esa gravedad secular que hace inmortales los asuntos del Arte.

Acaba de publicar un Libro sobre el Mar, siguiendo la forma cíclica de sus primeros Poemas del Hombre.

Con una religiosa actividad, ajeno a toda chillonería reclamista, este hombre crea y edita, preocupado tan sólo de cantar bien.

Disfruta ya de ese estado fundamental del artista, del hombre de arte probo y apurado, a quien no entusiasman los juicios frívolos y desacertados de los amigos y a quien no lastiman los dislates de los incomprensivos ni la indiferencia del analfabetismo espiritual que día a día se ensancha entre nosotros, ni los puntazos ardientes y ácidos de los envidiosos, de los perdidos para toda cosa buena, desde la piel al corazón.

III

Hace más de tres años, una tarde, íntimamente memorable, salimos a caminar con Sábat Ercasty por la orilla del mar.

Más de cuatro horas duró aquella paseata, morosa y delicada. Un verdadero peripatetismo heroico.

Acababa yo de leer las maravillas de Fabre sobre los himenópteros. Y en la efusión fraterna de la glosa, teniendo el mar a pocos pasos, recuerdo haberle dicho al gran Sábat: "Este enorme de Fabre le llama al mar Nodriza primera de la Vida".

Cuando Sábat se entusiasma, ríe homéricamente. Estalló en una de sus gigantescas carcajadas, afirmando el acertazo del Santo Juan Enrique.

Llenamos toda aquella tarde, hablando del origen marino de la vida. Y nos hicimos cálidos creyentes de una idea tan seria, filosofando en charla, a gusto abierto y mano a mano.

Creo que el decidido origen, la moción viva del Libro del Mar, vienen de aquella tarde.

Trabajando sobre esa idea; yendo seguidamente a remar y a pescar; metiéndose mar adentro en una de esas barcas legendarias de Malvín—que tanto conozco yo;—puesto frente y dentro de ese mar "de los colores limpios y las músicas claras", Sábat ha hecho esta tumultuosa sinfonía marina, donde todo es elástico, potente, vasto, hondo y oscilofónico.

El Libro del Mar es una sinfonía de intención y de asunto.

Compositor de ley, el poeta ha puesto en alta melodía sus instrumentos orquestrales: desde los copófonos finos y ligeros de las olas alegres hasta los bajos grises de las tormentas. Y así también en la emoción y el pensamiento.

Porque este mar de Sábat está lleno de mares. Pues todo es mar para él; hasta esta isla musical que, según su anchura de expresión, es nuestra tierra; la tierra de los hombres "hondos y bellos, con su pequeña vida y su inmenso deseo".

Nueve Cantos tiene el Libro del Mar.

Espinosa y dolorosa para mí sería la elección de los mejores. Los hallo iguales de flexión y frescura; de vastedad y calado.

La Sinfonía del Mar, por ejemplo, que en ciertos momentos pierde algo de la plenitud lírica del libro, alza, de pronto, cada verso que da calofrío. En ese Canto, precisamente, están las cosas inauditas y esenciales del Libro. Allí se habla de "el color de las piedras gastadas de la noche", de "el hombre de los descansos y el muslo de los comienzos", de "el mar caliente de las olas". Se sienten las fugas y los juegos, y los vértigos y las carreras y los vaivenes de las olas con tal arrebato y agilidad, que el poeta concluye por llamarlas "olas espirituales". Allí se canta el mar originario, y hay versos de una épica primordial.

"Gran abuelo inicial de todos los seres.
Lecho profundo del Sol y la Tierra,
Donde la luz de Dios se abrazó a tus aguas,
Te besó la espuma, te mordió las olas,
Te entibió la entraña, te llenó de formas.

Mar,
Que en un supremo esfuerzo comenzaste la vida."

Y óigase esto, y véase si se puede ir más a fondo y más originalmente en intuición y acierto rápido sobre el principio de la vida, sentido por la comprensión arcana de un poeta que se anega en sus motivos:

"Mar!
En un punto divino se te encendió la célula,
Y todos estuvimos contenidos,
Vertiginosamente,
En ese instante fértil de tu agua y la luz!"

IV

El poeta cree en el origen marino de la vida. Y lo canta. En el principio el Mar "era todo de música y era todo de agua". Pero Dios lo llenaba de una idea tan poderosa, que se entreabrió de formas.

Ese mar ebrio y alocado, en un verdadero revoltijo cósmico, quería que la idea de Dios se hiciera vida, y que el agua y la luz fuesen alma para realizar en un ritmo plástico eviterno el bulto, el color, la forma animada que aman los hombres, porque nacieron de la misma entraña, "profundamente madre", del mar sin edad.

La intuición, o la adivinación recóndita del poeta, logra este milagro de reviviscencia originaria.

Cuando toca, en un estado genuino de fe lírica, este problema inicial de la vida en el mar, el libro tiembla

con la grandeza cosmogónica de la Biblia y del Mahabarata.

El poeta, humanamente, dice que sabe estas cosas por "la memoria de la sangre".

Y arrebatado, grita:

"Por momentos el tiempo de la vida se borra,
Y percibo mi forma, sólo de pura idea,
Danzando en el océano, traspasada de luz."

Hay que ver de qué manera canta el poeta esta acentuación y evolución de las formas, pasando de los moluscos primerizos a los vegetales informes y a los animales antiguos, hasta llegar al hombre: término de armonía para el designio marino lleno de Dios.

Ese mar demiurgo e intencionado que da la vida y la forma en un connubio genésico de aguas y de música y de luz solar:—"el toro de los días te abría las entrañas",—es más impresionante y benéfico que el mar de las leyendas de los pueblos asustados, sencillos y supersticiosos que llenaban las distancias del mar de nereidas, tritones e hipocampos y de divinidades amorfas. Este no es el mar de Poseidaon ni de Tetis. Este es el mar, veraz y bárbaro, de la primera chispa y la primera célula, y del primer sacudón, resolutivo y perdurable, de la Vida.

Y este mar, por sobre todo, ansiaba culminar en el Hombre, como un amoroso dios creador. Para él quería la música más honda y el ritmo más alto y afinado.

Nietzsche dice al Sol que no valdría nada si no existieran hombres para admirarlo y sentirlo.

Este mar, como el Sol del gran Federico, da la impresión de que se sentiría espantosamente solo y maldiciente, sin la presencia sentimental de los hombres; de los hombres que dan calor a sus orillas con las ciudades; de los hombres que lo embellecen y estrían y conmocionan de naves y cosas migratorias, y lo aman con una misteriosa filialidad.

V

El libro empieza con la alegría del mar. Una verdadera deprecación de ménade. ¡Qué ebullición ebria y estrepitosa! ¡Qué desatados clamores de poseído del demón pasional! ¡Qué incendio ágil del Verbo! ¡Qué escena musical fremitabunda!

Se habla ya de la ola golpeando contra el Límite. Y el mar se vuelve de enorme simbolismo y de tragedia metafísica.

Viene después la "Sinfonía del mar" y la "Ola de las formas", y llegamos a la "Primavera del mar", el canto más fresco, más jocundo y más armonioso del libro. "Primavera del Mar"—hay que decirlo con todo valor—es la poesía más intensa, flexible y fina que se ha escrito en lengua española sobre el mar. No se le puede sustraer un verso sin hacer un crimen.

"El Mar y el Viajero" cobra un tono humano extraordinario y le permite al poeta dramatizar los episodios líricos de su espíritu con ese acierto pleno de todos sus buenos momentos. Dice ahí, también, que los hombres "no han escuchado al mar todavía", y no saben donde viven, porque nunca vieron de verdad "la casa profunda donde nacieron".

En "La altísima ola" se humaniza de un modo más dominante, y ya él está en el mar, y en un milagro de transfusión, él es el mar.

"Yo mismo entre los hombres sea un amoroso mar."
"Corazón, tú eres el mar:
Tú haces la música y ruedas la ola."
"Ay, corazón marino!"

En "El infinito océano" están sus grandes luchas espirituales, y hay una interrogación a la "nave de llamas" que viene de la noche y las sombras.

Afirmativo y supremo es su grito:—Pide una tempestad más fuerte!— dice a la "nave de sus deseos". Pero todo lo que ha visto lo ha puesto retorcido de tinieblas, de cenizas y de polvo de piedras negras.

No ha llegado a ningún lugar de claridad. Dios se le escapa. El fin del anhelo mortal es la densidad horrísona, la tiniebla resbaladiza, la posibilidad erizante de la nada. Pensaba dar con las raíces de las cosas, y se aturdió en la locura de la lobreguez atonizante!

Sin embargo, el poeta, con una contumacia desesperada, ha de volver a tactilizar en la sombra; ha de volver a levantar "la masa de sed" de su alma, y a golpear angustiosamente en la tenebrosidad de la última noche.

Y he aquí que el poeta evoca las siete vigilias nocturnas de su espíritu, y en la séptima noche, como en un final de aquelarre íntimo, "da con la sombra y la nada inmensa donde Dios va muriendo".

¡Qué ulular arroja este hombre en esa noche cabalística y tremenda!

"¿De qué estoy hecho?—grité.
Y mi grito hacía más grande la noche.
¿Por qué estoy ciego?
Pregunté con todas mis brasas.
¿Por qué voy cayendo?
Lloré con toda mi rabia.
Y sentí el tacto del inmenso naufragio.
Toqué la sustancia vertiginosa de la eternidad."

En este Canto, Sábat ha dado un sentido más trágico y profundo a la sombra que Teixeira de Pascoaes. El magro y evangélico poeta de "As Sombras" tiene una dulce y ensoñada conformidad con la oscuridad. En él, todo es saudoso, hiperbóreo, panteístico y cristiano, y de una religiosidad menos brusca y congojosa. Teixeira es doloroso y suave como un retoño directo

de Jesús. Sábat va más con Omar Kayyam o con Niezstche.

Hay en los grandes espíritus, perforadores de la sombra, una verdadera punta de aguja negra que se pierde en la tela lóbrega y sin fin. La fatiga de perforar y sutilizar sin llegar a una claridad compensativa y tranquilizadora, los hace gemir fieramente. Entonces arrojan sus labios, llenos de una humedad negra y agria: la inculpación. Dios es el malo. El que se esconde fatalmente, y no se le ve ni se le presiente.

En Omar, ese rencor busca el calmante rojo de los vinos olvidadores. Y hay en los Rubayyats ciertas violencias de ebriedad sañuda.

En Sábat, hombre de gran presencia de ánimo y de riñones sanos, ese encono vengativo vocea de nuevo la vieja rabia prometeana, resonante, prevaricadora y titánica.

El iniciado resuelve la cuestión última con el ideal supremo de la realización divina. Su vida es un crescendo de afinación y elevación, sutil y sinfónico. Lleva a Dios en sí, y tiende a conseguirlo y revelarlo.

Pero estos espíritus occidentales hechos a ver a Dios fuera de sí, con un sentido personal y amorfo de Dios, buscan a Dios tenazmente, por todos lados y repliegues, y no en sí mismos, y la vida les resulta de una intensidad combativa, cruel y aturdidora,—y lo que es más siniestro aún—sin una solución decisiva de la luz total.

VI

Y el poeta llega a la noche macabra del sacrificio terminante. Y siente una alegría como un sollozo. Va a arriesgarse absolutamente en el último encendimiento.

"Me levantaré en el árbol de las llamas."
"Ah feliz incandescencia.
Risas locas, gemidos abrasados.
Prueba de la angustia y el abismo.
Canto del hombre efímero
Frente al enorme océano de sombra."

Y debe tener la conciencia de lo que es, para no ser un simulador, un traidor a la divinidad que está en él.

La verdadera humildad es la sinceridad, porque es hacerse caso a sí mismo y obedecerse.

Toda esa desgraciada gente que no lee ni entiende a nuestro gran poeta (verdadera gracia de Dios en el mundo, valor de primera agua para cualquier raza, para cualquier época, para cualquier cultura), toda esa gente sorda y perdida del espíritu, no puede preocuparlo.

Con un sentido olímpico del Arte, trabaja en las cosas del Arte como cae el agua, como arde el sol, como anda el viento: sin necesidad de nadie y para hacer el bien libremente a todos.

Su último libro del mar es más flexible, más claro, más ardiente en humanidad, más musical que los primeros Poemas del Hombre. Con esto ha ganado su destino de trabajo.

En todo el libro está la ondulación poderosa y antiquísima del mar. LA UNDUMBRE, para decirlo con una estupenda voz arcaica del castellano.

Y hay una transverbación tal del asunto con la integración cósmica, con su corazón de hombre, con las cosas de Dios y con las cosas del mundo, que a veces nos sacude un mareo repentista y nos parece ver al mar en todo: en los astros, en las ciudades, adentro de los hombres, en las tinieblas, en las sombras arcanas, y en el mismo Dios que, según el poeta, "viaja en sí mismo".

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Montevideo, enero de 1923.

TRIPTICO

ALMA...

Alma: Con tu humildad serena y pensativa
con los rudos impulsos de tus fuerzas oscuras,
con las debilidades que te atan a la tierra
y te anegan en sombras, en misterio y en duda...

Con todo... Sé que eres poderosa y un día,
tajando luz, irás hasta el trono de Dios,
y te deshojarás como una rosa, dando
al viento del destino tu perfume de amor.

NORMA.

No seas de lo nuevo ni esclavo, poeta;
ni dobles la cerviz al yugo de lo viejo.
¡Sé tú mismo! La voz interior que te manda
te dice que no hay hoy ni ayer; nada es el tiempo.
Más allá de ese mundo pérfido de la forma
sólo vive el espíritu, expresión de lo eterno.

LEY.

Aunque no esperes nada, lucha, amigo,
cual si esperaras un ansiado bien.
Aunque nada interrogues, no te niegues
—cuando se haga la luz en torno—a ver.
Aunque ningún rumor rompa el silencio,
escucha con oído atento y fiel.
Vive, lucha, ama, sufre, sueña, crea...
y deja hacer a Dios: Esa es la ley.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

LA VIDA EXTRAÑA DE MI AMIGA VALERIA

(FRAGMENTO)

... porque era un inglés, adecuado para esas leyendas que nuestra suspicacia criolla siempre forja sobre las diferencias de su civilización, cuyas costumbres se nos aparecen como excentricidades. Joven aún, señor allá en su Escocia de castillos soberbios y de lagos legendarios, sepa Dios qué huracán lo empujó a nuestro continente, viniendo a anclar en un predio magnífico de la vilipendiada región de Canelones.

De que anduvieron de por medio faldas en la variante radical de la vida de nuestro inglés se sospechaba por su tenaz misoginia, que lo llevó a suprimir las mujeres hasta en los *puestos* de su estancia. Púdose pensar muy bien que el inglés sufriera hartazgo que le impusiera rehuir tan grata y áspera fruta; pero la gente circundante más dada a tirar por vericuetos de malicia que por rectos senderos de raciocinio, no quiso ver el capricho sino como fruto de alguna dolorosa experiencia, por lo cual no espolvoreó ironía sino piedad, sobre el concepto que le merecía el inglés.

Éste dejó correr años en el bello encierro de su estancia, rodeado de galgos y de pavos reales.

* * *

Nuestra ganadería comenzaba entonces a evolucionar de su estirpe colonial hacia las razas perfeccionadas lucrativamente. Cundía esa fiebre renovadora que

llegó a interesar al míster de ánimo impasible, quien sacudió su apatía para hacer traer de Europa planteles de sangres puras a cuyo procreo aplicó inteligencia y actividad, acumuladas en muchos años de vida abstraída. Primeramente cultivó los Hereford de tan lindo color y de formas de proboscidas; luego los Durham de rizado pelo, avispados y elegantes. Mas cuando obtuvo de cada exposición departamental un primer premio en medalla de refulgente doublé, consideró acaso satisfecho su capricho en cuanto se relacionaba con los bovinos y dió en criar caballos de carrera. Entiendo que jamás llegó a ver triunfantes sus colores en ningún hipódromo, aunque obtuvo magníficos productos. Unicamente satisfizo la codicia atávica de los paisanos vecinos que estiman debidamente el lujo de un caballo hermoso; poco interesado, nuestro hombre obsequiaba con frecuencia en el vecindario los productos de su haras, sin que, justo es decirlo, concediera con el regalo ni un grano de su amistad ni de su afecto, pues regalaba por cualquier singular capricho, manteniéndose impenetrable y hosco.

Estas labores de mejoramiento le comieron varios años, en los que tomó un poco más de contacto con el mundo exterior, sin que en los viajes frecuentes a Montevideo y a los departamentos se alterara ni un instante su misoginia, ni su impasibilidad, ni su espontánea indiferencia por todo lo que seguramente abandonara allá en la isla nativa. Pusieron nieve esos años en su barba de oro, pero el rostro quedó indemne de la más leve arruga, el cutis terso, altivo el gesto, erguido el recio cuerpo de beluario, ágiles las piernas y fuertes los brazos de púgil, que concluían en manos pequeñas de dibujo elegante, como afinadas de tanto acariciar las triangulares cabezas de sus galgos.

Fuera nuevo capricho, o reminiscencia de sus abandonadas aficiones deportivas que adquiría vigor y

frondosidad en tan extraño espíritu, dió en hacer estudios sobre nuestros caballos criollos. Pero al remontarse a sus orígenes fuéle menester aclarar si descendían de algún hiparión misterioso o si éste era el conocido *equus rectidens*, o, lo que era también probable, que un entrevero con los corceles andaluces de la conquista fuera el origen del equino actual. Esta incursión al dominio intacto de nuestra vida prehistórica no fué hecha sin que el inglés se viera engranado por el mecanismo de la paleontología; y al tocar esta ciencia, el nuevo empeño del inglés se amplificó, pues de las investigaciones circunscritas a los equinos, pasó al estudio completo de toda nuestra fauna desaparecida. Para esto removió mucha tierra, movilizando multitud de peones; profanó con sus cavas las tierras frumentarias de Canelones, registró el cauce del próvido Santa Lucía, escarbó las famosísimas feraces campiñas de Soriano, y las de Rocha, esa región descuidada y pintoresca que todas las mañanas levanta el sol del mismo mar, para guardarlo a la tarde detrás de sus colinas suaves después de haberlo paseado sobre sus tierras ricas y sobre sus lagunas enigmáticas que fulguran como topacios.

Tal vez alcanzó algo útil para la ciencia en su gran botín de huesos. Menudearon los envíos al Museo Británico, una correspondencia científica y abundante prosperó y fueron frecuentes los viajes del míster a La Plata en busca de la ciencia positiva y modesta del memorable Ameghino.

El aspecto de la estancia cambió en el abandono de los ensayos pecuarios: el cultivo y mejoramiento de la vida fué sustituído por el cultivo de la muerte, si bien en esto había la extensión de una vida anterior no menos interesante. Las sólitarias habitaciones fueron llenándose progresivamente de estanterías de libros y de enormes huesos. Y el inglés dejó de vagar largas horas, como antes, bajo las grandes acacias, para escribir condensando los resultados obtenidos en el despojo que hacía a la tierra de sus tesoros evales.

Los galgos no ejercitaban ya sus andares señoriles, pues permanecían adormilados junto a su señor. Los pavos reales sí, presuntuosos y bellos, continuaban desplegando sus abanicos magníficos, pues imperturbables como la vanidad misma no les alcanzaba cambio alguno.

* * *

Aquí, en esta etapa de la vida del inglés, fué donde por extraordinario ensalmo se interpoló Valeria: mejor dicho, se incrustó.

¿Por qué extraños caminos vino ella a plantarse en la desolada ruta del inglés? ¿Cómo vislumbró las facetas de aquel espíritu impenetrable e inmutable? ¿Cómo misógeno tan ferviente abdicó hasta el punto de cultivar con Valeria amistad estrecha y fuerte engarzada en hondo afecto?

Sépalo Dios. Mucho sospecho yo, pero, más que discurrir sobre los prolegómenos de aquella amistad singular, me ha sido interesante disecar los actos de mi amiga, para dejar escueta la nervatura de su carácter, que era lo que me halagaba conocer. (Dejar escueta la nervatura de un carácter: ¡qué admirable y deleznable pedantería!). Ignoro, pues, con qué pormenores acaso novelescos germinó aquella amistad entrañable, que sólo pudo ser vencida de la muerte. Pero sé que, por manera de todo punto singular, mi amiga Valeria, que a sus veinte años, y siendo cajera de una droguería no se ocupaba más que de sus cuentas y de sus sombreros, apareció como dilettante privilegiada en cuestiones paleontológicas, afirmados sus conocimientos en estudios serios y en un trabajo experimental, que en nuestra tierra menesterosa de instituciones científicas y museos, resultaba de superlativos méritos.

Tal vez mire yo la cosa con lente en extremo favorable, en razón de que tal suerte de estudios siempre me ha proporcionado una desesperante, caótica situación; pues esos nombres, megaterio, plesiosaurio, gliptodonte, retumban en mi cerebro con sonoridad que corresponde a su volumen estupendo, confundo sus formas, no distingo sus clasificaciones, erro sus épocas, y de tan absurda y lamentable confusión sólo extraigo el convencimiento de que han menester extraordinario, envidiable vigor cerebral quienes logran comprender y reconocer aquellas faunas, como la mujer de mi quintero reconoce y comprende las gallinas de su corral.

Y sin embargo Valeria, que pudiera estar versada solamente en cuestiones de modistos y de perfumistas, con algo de Prevost y Carlota Braemé, supo, valerosa, autodidacta, adiestrarse por manera tan especial y sustantiva, que Mr. Well olfateó en ella una colaboradora eficaz; doblemente eficaz, ya que al dominio de su especialización unía un voluntarioso afán de investigar, de deducir, de buscar, para tal afición, aquí esotérica, un objetivo de definida utilidad. La cautivaba el viejo problema del origen sudamericano del hombre primitivo, problema que, dicho sea de paso, está para mí resuelto exacta y graciosamente por Voltaire, desde que tratando el punto dijo que si Dios había creado moscas aquí como en Europa, no veía por qué no habría de crear hombres. Pero la ordenación y el método en la labor de Valeria convergían en aquella mira y convencida estaba de que estudiando nuestros terrenos y nuestras faunas, había de probarse la emigración que tanto se discute.

* * *

La violenta evolución de la vida de Valeria costó cara a su organismo, que, naturalmente, se resintió en preciosos órganos. La anemia fuéla envolviendo, su

naturaleza pobre ofreció admirable campo y el torrente circulatorio llevaba por el organismo un riego decadente. Alteradas, ¡cuánto tiempo!, las funciones anímicas y orgánicas, sacrificando el deleite, el reposo y la nutrición al crudo empeño de dominar aquella ciencia, el desequilibrio físico fué formidable y significado no solamente en la anemia, sino que las operaciones del cerebro comenzaron a ser incómodas, y después, difíciles; hubo flaqueza en la formidable voluntad motora y advino hasta un vago, ridículo hastío del vivir, propicio al desaliento más pernicioso y triste.

Justo es agregar cómo dolorosos acontecimientos domésticos amargaron también aquella juventud: muerto el jefe de la familia, Valeria vino a ser en su casa la única capaz de pelear la vida. La hermana mayor, coquetuela y frívola, dos o tres hermanos sobradamente menores y su madre, señora disipada y casquivana, por imperio de exigencias de la vida quedaron bajo la férula de Valeria; y supongo yo, porque los conocí, supongo yo, aún zahumándolos de benevolencia, cuánto habrán dado que hacer a su apoyo y guía.

Indudablemente Valeria tenía más condiciones de ave procelaria que de pájaro destinado a tranquilo existir. Su atmósfera parecía que fueran las grandes agitaciones, las borrascas formidables que subvierten cuanta normalidad existe. Acaso en el sereno vivir doméstico enmohecieran sus cualidades. Así, resuelta y grave, con firmeza no común a su sexo y a su edad, asumió el gobierno de aquella barca llena de rumbos que era su hogar, el cual empalmaba a los graves problemas de la subsistencia los de un montón de caracteres en constante lucha, incapaces de todo esfuerzo ordenado y necesario, abiertos solamente para las malas rachas del egoísmo y del capricho.

* * *

A ese matorral de inquietudes absorbentes fué a buscarla Mr. Well, ofreciéndole, él, el misógeno empedernido, la tranquilidad de la estancia, para que el espíritu gozara en su atmósfera sedante, conventual, para que el cuerpo recobrara del sol y del aire limpio las perdidas energías.

Flemático, igual que de costumbre, hizo el ofrecimiento, pero con calidez, en vigoroso impulso cordial que resumía el interés y la simpatía que aquella mujer inteligente y enérgica había hecho florecer en su estepa moral.

En el desarraigo de viejos hábitos, en aquella trasmutación de la vida del inglés, la malignidad quiso ver un interés humano, pero bajo; nadie quiso reparar en las afinidades intelectuales, en la compenetración de dos espíritus absorbidos por una misma ansiedad científica, en el despojo de toda contaminación vil para aquel ofrecimiento, que sólo tendía a lograr salud y tranquilidad para la amiga dilecta, quien a pesar de su espíritu superior se dejó arrastrar en la marea de prejuicios, pues rehusó la hidalga oferta del inglés, y siguió viviendo su ambiente de todos modos dañino.

Pero halló, sin embargo, manera de aprovechar aquella generosidad: sus hermanos, jovenzuelos raquíticos, que se desarrollaban al ritmo de la escrofulosis, marcharon al campo con el inglés, quien los cuidó a maravilla; tal vez ni con más ni con menos interés que a un potrillo o a un ternero, pero sí con todos los cuidados requeridos por su cuerpo empobrecido y por su alejamiento del calor del hogar. Esta permanencia de los adolescentes en la estancia hizo menudear los viajes de la madre de Valeria; tras ella vino la hermana mayor, y de la visita fugaz en los trenes expresos, llegaron hasta a pernoctar y a hacer el *week-end*, después a pasar alguna semana, hasta que al fin se instalaron por temporadas largas, completando una lenta, progresiva invasión de polleras en solar que de ellas siempre estuvo libre.

Después, yo no sé cuándo, vino Valeria; tal vez cuando su organismo ya ni merecía treguas de la dolencia.

Aquí el relato que me hicieron tiene su laguna, pero yo he inferido lo fundamental, a fuerza de cavilar y hacer deducciones: he logrado aquello que servirá bien a mi exposición, sin que necesite andamiaje de minuciosos detalles.

El sol todopoderoso renovó el organismo empobrecido, hizo correr alegría y salud por las venas, exaltó las actividades aniquiladas y maceró el cuerpo en frescura y lozanía. Tal florecimiento, en plena juventud, debió ser particularmente eficaz en todo cuanto a su influencia personal se refiere; cuando yo conocí a Valeria había en su mirar, en su planta y en su palabra cierto hechizo sutil, cierto imperio suave y decisivo al cual se rendían fácilmente los espíritus que la trataban. Y es razonable pensar que tiempo atrás, en la cumbre luminosa de los veinte años, esas facultades subyugantes estuvieran en apogeo, aunque al rostro acaso lo velara el resplandor de gravedad que ahora hacía tan cautivadora su expresión. Los díceres que yo he hilvanado al zurcir esta historia, no son bien claros ni concordantes al tratar de cómo el inglés resistió o sufrió ese yugo insensible y halagador.

¿Fué el caso que se cuenta en libros, de aquella Mad. Bloth que llegó a reinar en el pecho y en el palacio del duque de Orleans, por haber contenido altiva y sabiamente el amor de éste sin dejarlo ultrapasar de una amistad delicada y honda? ¿Fué lo que sopla al oído un taimado vientecillo de malicia?

Cualquiera sea la encrucijada moral en que de-

barnos plantarnos, por ostensible y preponderante debe tenerse el influjo de Valeria, que transformó al inglés de un polo al otro de su vida, pues del hombre reconcentrado, huraño, un poco misántropo y de ánimo versátil, sacó el señor grave y gentil, asequible, magnífico siempre, encarriladas las potencias de su voluntad y de su inteligencia en un empeño científico de alta importancia.

El misógeno empecinado se ductilizó tan gradual y hondamente que la compañía femenina fué menester de su vida, como acaso había sido en la isla natal. La holgura de la gran estancia se le volvía incómoda, y triste la mesa faltando mujer, que en todo ponen ellas suavidad y gusto. Pesada y difícil era la lectura de las ciencias preferidas, y embrollado el examen de huesos, sin el comentario decisivo y ágil de Valeria, que todo comprendía y ayudaba a poner en claridad. Y cuando la inconsistencia de su voluntad lo incitaba a trasladar de la paleontología sus ideales, allí estaba la emulación activa de Valeria para traerlo al surco, augurando el fruto que se obtiene de la labor persistente, y para que ésta no fuera mecánica y rutinaria, sin cierto toque de ensueño que la embelleciera, Valeria encontraba recursos en su intuición para avanzar opiniones y teorías que levantaban muy alto y llevaban muy lejos sus pretensiones científicas, las cuales, si bien faltas del hervor del genio, no carecieron de ese punto de locura y osadía que mucho se le semeja y que a grandes cosas lleva.

* * *

Quien me hizo esta relación que comunico, sospechaba de la transformación ética del inglés, a quien tuvo muchas veces por perfecto comediante, sin más asidero para la sospecha que una escena a la cual no

encuentro trascendencia. Cierta noche de invierno el inglés jugaba al billar con mi confidente y al terminar la partida fueron en busca de Valeria, quien trabajaba en una sala próxima. Abrió el míster con suavidad la puerta: Valeria estaba de pie dando la espalda a la luz, metida en vasto ropón de terciopelo negro, con un cráneo en las manos, trágicamente alumbrada por la chimenea. En relampagueante asociación de ideas mi confidente eslabonó la calavera, el negro ropón, la luz oportuna, cierto fulgor extraño que halló en los ojos y tuvo una visión cursi y trivial. "Que aparición, Hamlet"—exclamó.

—¡Oh! no, diz que repuso con sorna el míster. Hamlet no: simplemente Pandora: eso sí, una Pandora criolla y peligrosa.

Era un timbre extraño el de sus palabras y parecía haber un dejo amargo en la intención; pero como se percatara del asombro de su interlocutor y del aire avizorante de Valeria que algo había oído, añadió ya sereno y pausado como si recién no hubiera fugado hacia otro mundo de sinceridad o de ironía.

—Sí, Pandora: vaya usted al fondo de la biblioteca y verá como se parece en el momento esta señora al cuadro del divino Rosetti: son los mismos ojos avizorantes fulgurando un azoramiento ingenuo, igual palidez trágica, el mismo gesto custodio de las manos anhelantes. Y en verdad no sé por qué estas manos no menos bellas que las de la pintura, presionan ese cráneo mondo, al parecer empeñadas en contener o conservar algo. ¿Cree usted, amiga mía, que haya algo ahí dentro, alguna idea materializada por sepa Dios qué misterio de histoquímica, para honor de ese hombre de hace siglos?

Agregó unas cuantas chirigotas sedativas y amables con lo que tranquilizó los ánimos recelosos y se enfrascó en una magnífica disertación sobre las pintu-

ras y los versos de aquel a quien poco antes llamara divino. Y como el hombre en estas faenas seducía, muy pronto el olvido esfumó aquella extraña y rápida impresión que para el espíritu susceptible y desconfiado de mi confidente, quedó como afirmación de que el inglés estaba impenetrado, representando una comedia perfectísima.

EMILIO SAMIEL.

1916.

HISPANO-AMÉRICA

CORREO

De carta del señor don José Vasconcellos, Ministro de Instrucción Pública de México, destacamos los párrafos que nos permitimos reproducir para mayor difusión de tan elevados y generosos pensamientos.

Debo confesarle, como sin duda lo observarían ustedes mismos, que salí un poco triste de esa ciudad, porque juzgaba que eran muy diferentes nuestros puntos de vista; nosotros empeñados en considerar la patria latino-americana como una sola, sin diferencia de fronteras y sin mucha consideración por los patriotismos nacionales, y ustedes muy celosos de su autonomía, lo cual nadie podría censurar, pero quizás un poco indiferentes con respecto de México y los paises de la América Latina, y por qué no decirlo, desconfiados un tanto de sus vecinos.

"La Bélgica de la América del Sur", oí decir, "es Uruguay" y esto me pareció absurdo porque el Uruguay tiene un porvenir mucho más ilustre que el de un pequeño pueblo hetrogéneo formado por dos razas que no se asimilan y que se mantiene unido por una corona que no puede despertar ya simpatía en ningún espíritu moderno.

Ustedes recordarán nuestras discusiones acerca de la europeización de nuestra América, especialmente

mis ataques a la influencia francesa por lo que ha tenido de novicia al imponernos este nacionalismo que dividió nuestra raza a principios del siglo XIX en veinte fracciones débiles, para beneficio de los piratas ingleses que tantos siglos se habían estrellado contra el poderío de España unida.

Bolívar, que era genio, comprendió que estos pueblos divididos irían a la ruina, pero no pudo consumar la unión, probablemente porque en sus planes se dió mucha importancia al factor político, como lo prueba el hecho de que invitó a los Estados Unidos a formar parte de la liga.

El movimiento en la actualidad es mucho más fuerte porque tiene un fondo étnico y no político, puesto que tiende a reunir los pueblos de una misma sangre y de un mismo idioma, o de idiomas afines como el portugués y el español y deja fuera a los Estados Unidos, no por razones de odio, sino porque es natural que la gran República Sajona forme su alianza espiritual, como de hecho lo ha venido verificando, con la gente de su misma habla, con lo que tantas veces se ha llamado el *English Speaking World*.

Así como está ya constituído de una manera clara y eficaz el *English Speaking World*, nosotros queremos que se acabe de organizar en este continente la raza de habla española, no para que se enfrente a ninguna otra de la tierra, pero sí para que defienda sus tradiciones y sus potencialidades de progreso.

ROMANCES

HE DE HACERTE UNA CASA

I

Madre, la puntita de mi lápiz ha de hacerte una casa. Cada hoja de mi block llena de figuritas negras, ha de cuajar un ladrillo para el muro de tu casa. La huella de mi pensamiento para ti, ha de ahondar el cimiento de la morada tuya. Las marcas de mis pies sobre un mismo pedazo de tierra, harían un hueco: ¿no hará la caricia de mis manos la hondura de ese cimiento?

Madre, mi fe ha de cubrirte como un techo. Mi amor ha de tenderse como la madera olorosa de los pinos que formen los pisos de tu casa.

Quiero forjarte los muros con el sudor de mi sangre.

Quiero con mis propios pulsos levantar la alcoba que guarde tu sueño. Quiero arroparte con una casa que sea mi mismo brazo. Quiero velarte, por las noches, con el aceite de una lámpara mía, salida de mi corazón y de mi cerebro.

Querría que respiraras en mí y para mí, como de niña respiré en ti y para ti. Tú me cuajaste lecho blando en tu entraña: pueda yo cuajarte una casa alegre para tus descansos y para tus vigilias.

II

Madre, el lino que te bese la carne ha de mojarlo mi propia mano. La sábana que tibie tu sueño ha de

ser tejida en mi telar. He de cardar yo misma la lana que suavice tus fatigas por la noche.

Madre, he de saber ser hija, porque tú supiste ser madre. No serás huérfana en la vejez.

IRÉ...

Iré por el camino que abra mi fe como va la polilla dentro de la madera por el túnel que le labró su esfuerzo.

Penetraré en la entraña del hombre como el gusano ávido penetra desgarrando los tejidos en el cadáver mal oliente.

Alzaré mi torre sobre los troncos cortados con el pico paciente del pájaro carpintero. La tortuga será mi compañera lenta; pero el lagarto me enseñará a caminar de frente, sin doblar las esquinas.

Quedará mi planta descalza en la jornada, pero habré medido con mis propios pies la tierra, polvo de hombres.

CAMELLO

Camello, aljibe del desierto, me enternece tu resistencia para el trabajo y para la desgracia. Eres un fruto vivo de una maravillosa palmera; eres un coco gigante con el corazón lleno de agua dulce y fresca para los labios ardorosos y rajados de sed.

Eres su misma pulpa, blanca y oleosa, para los que tienen hambre en el desierto. Tienes la misma mullida cabellera del coco vegetal para reposar el cansancio del caminante.

Eres el navío de los mares cálidos de arena. Tus ojos mansos, resignados, alientan al esclavo que te lleva cogido del arnés. Mirándolos, mitiga la sed de

su cuerpo y la sed de su alma; porque le parecen pequeñitos cuencos rasados de agua y le hablan de futuros oasis.

Camello, tus huesos se blanquean en el desierto sobre una tumba blanda que mece tu descanso.

Camello, llevaste en tus lomos el amor y la fe de los Reyes Magos. Sobre ti palpitó el desamparo de la Virgen Madre.

Pulsaste la amargura de la esclava, raíz de las tribus errantes, y fuiste quizá la cabecera de sus sueños amargos. Camello, eres humano, más que humano, arrodillándote para recibir la carga, como se arrodilló el Hombre-Dios para recibir la Cruz.

Camello amigo, séate dulce alguna vez la tierra, como eres dulce tú para todos los que te cercan.

JOSEFINA ZENDEJAR.

México.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Humanidad".—Y otros poemas.—Por Bartolomé Galíndez.—Buenos Aires.—1922.

Este volumen de versos de un poeta a quien Vargas Vila, Napoleón Pacheco, Isaac del Vando Villar y otros han llamado genial, maravillante, grandioso, sublime, "el más grande poeta de América", —("Rubén Darío puede dormir tranquilo en su tumba; ya tiene un sucesor digno de continuarlo y superarlo".—Némesis.—Paris 1920)—nos da impresión reducida,—acaso por puro contraste a la exaltación, o porque entramos a él casi deslumbrados, y la realidad fué pobre para tanta ilusión.

Poeta erudito, que hace gala de historia con frecuencia y con exceso,—poeta impresionado por la guerra magna a cuyo resplandor canta sin estremecernos,—poeta harmonioso y sutil que estiliza la estrofa y viste túnica blanca para custodiar la belleza que pone sobre un ara,—Bartolomé Galíndez, cuya ha sido la suerte del adjetivo máximo,—domina el ritmo y el verbo, pero no tiene la esencial virtud de tocar el alma con la varita mágica de la emoción ni de deslumbrarla con el brillo fulgurante de la belleza.

El embeleso, la frescura, la fuerza expresiva, la forma magnífica, todos esos nobles atributos que constituyen su corona de laureles en las páginas finales del libro, no los hemos podido hallar fácilmente como creíamos — y hemos andado sin premura y con interés, buscándolos....

Salido de la gran floresta rubeniana, Galíndez es un poeta artificioso, retórico, sapiente, abstracto, musical: con todos los vicios sustantivos del decadentismo del 98 y todos los defectos fundamentales de "la literatura"....

Su poesía no impresiona, no entusiasma, no conmueve, no "queda".... El "quid divinum" no existe,—y no precisa recurrir a la cita crítica ni al bisturí técnico para probar que todo eso se va a tierra: bastará simplemente el tiempo que corroe como un ácido los metales líricos para ver lo que queda de tanto retorcido esfuerzo.

Hubiéramos deseado sumar los valores positivos, conforme a la teoría de Guyau, para juzgar la obra de arte, pero tanta resonancia precedió la lectura de esta obra, que entramos a ella como

al adusto bosque de los laureles, y nos deshizo la pompa sin luz, la exhuberancia sin color, el ornamento sin emoción.

No basta llevar en sí el hálito sutil y la exquisita gracia: es preciso no extravasar los cálices, porque se vuelven grotescos: es necesario no exagerar el tirso que se ornó de rosas...—**T. M.**

"Point de mire".—Poèmes.—Por Céline Arnauld.—París.—1922.

La autora de estos versos, tiene ya nombradía en el ambiente parisiense. Jovencísima y ya profunda, pudiéramos decir de ella y de sus versos, que tienen la modernidad y la belleza, el encanto frágil y el acento dulcísimo. Poetisa de una rara expresión, de un graficismo ingenuo, de un hechizo poético, Céline Arnauld está en ruta de consagración. Su adorable sencillez, su tierna melancolía, su sentimiento de la belleza, le darán pronto ramos de rosas y hojas de laurel.

Que así sea. — **T. M.**

Páginas del Sentir. Zulema Dupré Cuitiño.—1922.—Montevideo.

La generosidad motora y la intrínseca simpatía del objeto de estas páginas, son partes bastantes a compensar su exigüidad y su eco monocorde.

Aunque repelemos el dictado **canillita** con que se apela esa grey, en cuyo favor se escribieron tales páginas, consideramos que no pudo buscar más apropiado objetivo la magnanimidad bizarra de la señorita Dupré Cuitiño.

Es de desearse que tan elevada ofrenda, constituya el núcleo de un movimiento de simpatía proporcionado con los anhelos que sustenta el gremio de vendedores de diario.—**B. S.**

Canciones, por Jaime Torres Bodet.—Editorial Cultura. — México. —1922.

México, ese gran país en perpetua renovación de ideales y en faena constante de cultura, que se ha entregado de lleno a la obra trascendente de producir y de producir en las artes, en las ciencias, en las letras; que siente la influencia prodigiosa de sus varones ilustres de la última hora, llámense Vasconcellos o Caso, México nos evoca este poeta, en el que vibra,—dentro de un sentimentalismo sencillo, —el amor de la raza, el sol de la patria y el alma sonora de las mujeres mexicanas.

"Canciones" es, en efecto, un libro de versos que denotan un gran temperamento de arte y un amor indecible por las cosas de la tierra lejana de los aztecas maravillosos. En ellos,—como lo dice el poeta,— "México tiembla de luz y de amor,—sueltan claveles chispazos de lumbre,—doblan capullos desmayos de flor".

"Tú sabes" es un medallón primoroso cincelado en nácar o en espuma de mar. De ritmo suave y lento seduce por la perfección de su

forma y por el penacho de lirismo que se agita, rumoroso, como un corazón sacudido por las ansias insatisfechas.

En "Campo de plata" un ave "suspensa de un trino,—era el centro sonoro del cielo" y el poeta parece obedecer a las leyes que regulan y metodizan ese sonoro sistema sideral.

"Impresión de otoño" es un cuadrito en el que rivalizan la sencilla naturalidad y el colorido exacto mientras, "huérfano de nidos, el castaño,—se dispuso a morir bajo la ortiga".

Todas las composiciones,—que arrancan a Gabriela Mistral el elogio triunfal de su estro,—engarzan bien en el conjunto con la única excepción de "Amiga fragante", que hubiera deseado no encontrar en la colección. Es un soneto,—el único,—que no me ha convencido. No sé si es que no me seduce esa amiga "cargada de esas flores que hacen el alma triste,—y **de flores envueltas en hojas de maíz**;—no sé si es que me choca, el "me parece que muerdo, — todavía en tus trenzas las rosas del recuerdo,—y que me hiere el labio tu peine de carey", lo cierto es que "Amiga fragante" me resulta una mancha opaca en el tejido luminoso de las "Canciones" que demuestran a un artista honesto y que confirman, una vez más, el concepto que tenemos de la moderna producción mexicana. — **R. M.**

Carne al Sol, por Nicolás Olivari.—Cuentos.—Editorial Tor.—Buenos Aires, 1922.

Este autor,—que nos anuncia una "humilde destilación de veneno sobre Ricardo León, Lamartine, Benavente y cien literatos más"; que ha desdeñado las palabras luminares y los sonetos bombásticos, que nos ahorra la fotografía que lo muestren "ñato y feo como soy", nos regala con una colección de nueve cuentos, que responden, exactamente, a su título. Carne al Sol son, en efecto, cuentos de un naturalismo crudo, donde esplenden muchas observaciones justas, bien hechas. Es claro que algunas son exageradas, casi de mal gusto, como aquella en donde un contoneo del baile empuja al pobre Julio, boquiabierto y sorprendido; otras un tanto irreales como las de "El descenso", pero todas animadas, sentidas, palpitantes de emoción y de sensualidad.

Pienso que Nicolás Olivari,—a quien es la primera vez que leo,—y en quien anoto alguna ampulosidad confinante de Vargas Vila,—será, sin duda, un narrador llamado a éxitos seguros.—**R. M.**

"El himno de mi trabajo".—Por Ernesto Mario Barreda. — Buenos Aires.—1922.

Canciones, baladas, romances y poemas... A veces rancio, en ocasiones nuevo... Y en el fondo azul del paisaje, romanticismo de un sólo color, romanticismo rotundo y fuerte para adorar la prosa de la vida.

He ahí, entonces, un libro de versos arcaicos, que nada tiene que

ver con la cohorte atlética de los novecentistas y que, a pesar de todo, trae simplicidad expresiva, color variado, belleza noble y emoción unánime.

El vergel lírico de Barreda no es jardín francés ni bosque indígena. El aromatismo de sus palabras se quiebra en la tarde rosada como la cristalería soñadora del riacho: la harmonía musical de su estrofa tiene perfume de nardo nazareno: la ciudad, la mañana, el campo, el pastor, el pueblo, cantan su canción que es dulce y grave, según conviene.

Lo que sí, que estamos con un poeta universal, libre, próvido, que desde la cosmópolis platense canta el atardecer de los pueblos, el soñar de los pastores, la rudeza de los marinos, el corazón de la mañana,—cosas en fin, que hoy no pueden darle un beso en la cara del tiempo, porque no tienen la emoción esencial ni la modernidad de la hora.—**T. M.**

"La literatura hispano-americana".—Por Isaac Goldberg. Ph. D. — Versión castellana de Cansinos Assens.—Editorial América.—Madrid.—1922.

Un hermoso volumen: un serio estudio crítico de la modernidad literaria hispano-americana: cinco ensayos sobre Darío, Rodó, Chocano, Eguren y Fombona respectivamente: un interesante prólogo de Diez Canedo: he ahí este libro de Isaac Golberg, el erudito profesor norteamericano.

Como estudios críticos concitan nuestro entusiasmo, por la sobriedad y la solidez con que están hechos; pero no hemos de dejar de anotar lo que ya en otra vez, cuando el profesor Humphreys nos visitara, expresamos:—estos norteamericanos tienen una prosa característica, cuyo estilo diferénciase radicalmente del nuestro, más ágil, más flexible, más sonoro y bello.

Tiene claridad y sencillez, método y erudición el libro del profesor Goldberg: es obra interesante de conocimiento ibero-americano en Estados Unidos: reune, en fin, altas cualidades sustantivas, pero le falta en el estilo, la harmonía del idioma, la hermosura de la forma, el culto de la palabra florida con que hubiese ganado el volumen ese hechizo que le falta, y que un ibero-americano no desdeñaría nunca... —**T. M.**

"Historia de arrabal", novela por Manuel Gálvez.—Buenos Aires 1922.

Si la nueva obra de Gálvez no tuviera otros méritos, bastaría el hecho de que hubiese inspirado los extraordinarios grabados en madera de Bellocq, para que nosotros la recibiéramos bien. Sin duda, "Historia de Arrabal" no da idea del talento novelístico de quien ha escrito "La maestra normal", "La tragedia de un hombre fuerte" y "Nacha Regules".

Se diría una obra anterior, que el literato olvidó en sus carpetas hace muchos años y que remoza ahora. El final nos recuerda una página, no menos extraña (y desde luego ilógica), que puso en "El Embrujo de Sevilla" Reyles.

Lo que más se echa de menos en "Historia de Arrabal", es la explotación de las situaciones dramáticas. Es una historia turbadora que Gálvez relata de un modo apresurado y frío.

Sin embargo, hay paginitas de una gran belleza. Y el ambiente surge bien. Choca un poco la circunstancia de que un novelista con la fuerza de Gálvez, no nos extremezca más, pintándonos cosas brutales hasta lo repugnante. ¿Discreción?... ¿Falta de paciencia?... No podríamos asegurarlo. El caso es que en el nuevo libro, más que el texto, nos interesa la estupenda colección de láminas grabadas por Belloeq, artista a quien desde ya auguramos todo un porvenir.

Dentro de la producción literaria argentina, "Historia de Arrabal" es un aporte de valía, aunque significa un descenso en la lista de obras del vigoroso y prestigioso autor.—**V. A. S.**

El Alma de los Cristales.—Por Carlos Prender Saldías.—Santiago de Chile.—1922.

Gabriela Mistral y Lagos Lisboa ilustran con dos bellas composiciones líricas, este nuevo volumen de versos del autor del "Misal Rojo", al que los poemas "le nacen con sangre del pecho" y los va sembrando "como trigo simple, honrado,—trigo campesino—lo más humano—y lo más divino"—según el decir de la gran poetisa de Punta Arenas.

Efectivamente, Prender Saldías se nos muestra otra vez como un poeta de gran sensibilidad, honesto y limpiamente espontáneo en este libro que declara "propiedad de la mujer amada, de ojos tristes y bellos como un verso mío."

Rasgo galante y de sinceridad indudable, ya que casi todo él está saturado de un amor intenso y melancólico, exteriorizado en canciones que subyugan por el realismo sentimental, la sencillez y la fuerza anímica.—**J. M. D.**

La Torre.—Poema.—Por Joaquín Cifuentes Sepúlveda.—Santiago de Chile.—1922.

Del fértil Chile nos llega este nuevo volumen de versos.

En dos partes ha dividido el autor su nueva cosecha. La Torre y Las Alas, fundamentalmente no hay diferencia, sin embargo, estructurales o ideológicas en las dos partes del libro.

La mayor parte de los poemas están construídos con arreglo a lo que podríamos llamar moderno clasicismo. Versos limpios, rimados, formalmente intachables, en donde idea y ritmo se unifican para darnos una sensación bella, aunque fría por su misma tersura.

En otros el poeta entra resueltamente en el verso libre, suelto, desordenado, de la tendencia nueva y consigue dar la sensación inversa: color, alma, rebeldía, aunque sin promover una limpia sensación estética.

No sabríamos decir en cuál de estos modos nos gusta más; pero lo que es evidente, es que hay en Cifuentes Sepúlveda un poeta lleno de inquietud y juventud.—**J. M. D.**

Mi campaña hispanoamericana.—Por Manuel Ugarte. — Editorial Cervantes.

Poseído del espíritu hispanoamericanista, Manuel Ugarte ha realizado una campaña personal, desinteresada y, por esto mismo, digna, en pro de lo que él estima necesario para el porvenir de Hispano-América.

En este libro ha recogido algunos de los discursos y conferencias que, en diversas ciudades de España y América, ha pronunciado alrededor de este tema central.

Su campaña en este sentido es larga. Se inició, como lo dice él mismo en su prefacio, "con una conferencia en Barcelona, en 1910, continuándola en la Sorbona de París en 1911, en la Universidad de Columbia, de Nueva York, en 1912, y en todas las capitales de la América Española, hasta completarla y cerrarla en la Universidad de México en 1917, y en España en 1920."

Insiste Ugarte en que él "no ha sido nunca un enemigo de los Estados Unidos como nación, sino un adversario de la política que ha predominado en ese país", y que la tesis que él ha sostenido siempre "no ha sido de odio contra un tercero, sino de unión entre los elementos que integran el Nuevo Mundo hispanoamericano."

Sin ocuparnos ahora de la tesis y de las ideas del señor Ugarte—cosa que haremos al ocuparnos próximamente de tema tan debatido como éste en la Sección Hispano-América de esta Revista—queremos dejar constancia, en general, de nuestro disentimiento de ideas con el autor; pero sin que esto implique, de ningún modo, dejar de reconocer, no sólo el mérito, sino el desinterés y la virtud de campaña tan larga y obstinada del "viajador idealista que deseó realizar una tentativa de coordinación de la América Española."—**A. B.**

"El triunfo del dolor".—Versos.—Por Luis Mallol.—Buenos Aires.—1922.

La "Invocación al libro" con que comienza este volumen de poesías, nos familiariza de inmediato con un poeta romántico que tiene de Campoamor virtudes y defectos. La misma facilidad versificadora, el mismo aliento poético, la misma técnica expresiva y el mismo molde antiguo...

En las otras páginas, inspiradas composiciones dentro del marco "demodé"...

Un alma férvida, una disposición pródiga, un cielo romántico, trasparenta este libro que si el dueño cree fruto triunfal del dolor, es además triunfo legal del arte, aunque no tenga bengalas, gemas y juegos de hechizo en la noche sombreada de tinta china....—**T. M.**

"Discurso en el Congreso de Angostura".—De Simón Bolívar". — Ediciones "El Convivio".—I. García Monge, Editor.—San José de Costa Rica.—1922.

Una edición más del discurso de Bolívar, sobre todo si como ésta es cuidada y pulcra, hace grata impresión al espíritu. Cuanto más se difunda esa página del libertador por antonomasia, mejor se conocen sus ideas republicanas y más se agranda entonces su figura.

En esta edición de "El Convivio", hay una introducción magistral de García Calderón y una copiosa serie de notas de Blanco Fombona, Cornelio Hispano, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos, que completan, conjuntamente con un retrato de Bolívar en 1879 hecho por el pintor romano Samys Rützner, el loable esfuerzo editorial de García Monge.—**T. M.**

"Las mal calladas", novela de Benito Lynch.—Edit. Babel, Buenos Aires 1923.

Detalles psicológicos, muy bien ensamblados, dan mérito a una novela breve, entretenida y culta, de don Benito Lynch. La acción es mezquina, hasta el punto de que pudiera referirse el argumento con pocas palabras.

Pero hay tal maestría al presentar los personajes, se mueven y hablan ellos con tal naturalidad, que el lector recibe una fuerte impresión de vida.

El título, en rigor, es poco ajustado, desde que si la hermosa viudita "calla mal", la esposa del doctor Rioja calla para su bien y en bien de todos. Es, pues, una discreción de la que no tiene por qué arrepentirse y gracias a la cual termina en "vaudeville", lo que pudo ser drama sangriento.

Lynch ha encontrado un final que, siendo lógico, es gracioso. Esta "desviación de los finales", (permítasenos llamarle así) parece agradarle mucho ahora al fuerte escritor que remató de un modo trágico, inolvidable esa novela "Los caranchos de la Florida", que, en nuestro entender, como pintura de campo, no tiene parangón en el Río de la Plata.

Lo de menos, como ya va dicho, en "Las mal calladas", es el asunto en sí. Valen, en cambio, las situaciones y la maestría con que va a ellas—y sale de ellas—el novelista. Los personajes, sin ser figuras de excepción, interesan por el "calor de humanidad" que el autor les infunde. El doctor Rioja, por ejemplo, se sale del libro en fuerza de naturalidad.

Lynch, aquel vigoroso pintor de los ambientes rurales — que triunfó con "Los caranchos de la Florida", con "La evasión" y con "Raquela",—parece "buscarse" ahora, novelando la vida de la ciudad. Sus dotes de psicólogo, bien claro se ve que se agudizan. Debemos permanecer atentos, aguardando esa acabada novela urbana que "Las mal calladas" prometen.—**V. A. S.**